

## Mateo 25:1-13

Mateo 25:1-13 Pentecostés 24, 1999 Amós 5:18-24; 1 Tes. 4:13-18

<sup>1</sup>Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. <sup>2</sup>Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas. <sup>3</sup>Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; <sup>4</sup>mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. <sup>5</sup>Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. <sup>6</sup>Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! <sup>7</sup>Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas. <sup>8</sup>Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan. <sup>9</sup>Mas las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas. <sup>10</sup>Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. <sup>11</sup>Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! <sup>12</sup>Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco. <sup>13</sup>Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir.

Según el calendario común, nos acercamos al fin de otro año eclesiástico, el último del segundo milenio después de Cristo. Es un tiempo marcado de hedonismo, de parte de algunos, y de temores y especulaciones apocalípticas de parte de otros. Hay los que temen el fin del mundo, o grandes desastres con el fin del milenio; otros se burlan de la credulidad y los temores de los fanáticos. Ni los unos ni los otros realmente saben leer las señales del tiempo. Sigue cierto que nadie sabe el día ni la hora de la venida de Cristo. Dios no está limitado a nuestro calendario y manera de contar las fechas. Pero también es cierto que Jesús viene, y podría venir en cualquier momento. Así que, no vamos a añadir una voz más a la frenesí del cambio de milenios, ni tampoco vamos a quedarnos indiferentes al paso del tiempo. Más bien haremos lo que la iglesia ha estado haciendo año tras año, siglo tras siglo, que es: Dar la solemne advertencia de que en cada momento, es necesario que estemos listos para la venida del Señor. Así que, nuestro texto va a dirigir una pregunta muy importante a cada uno de nosotros, una pregunta que exige una respuesta, una pregunta que, si nuestra respuesta

no es la correcta, ahora es el tiempo de rectificarla, antes que sea demasiado tarde. La pregunta es:

¿Estás realmente listo para la venida de Jesús?

Pueden pensar: Pues, ¿qué pregunta? Por supuesto estamos listos, formamos parte de la iglesia. Pero la verdad es que nuestro texto nos indica que no todos en la iglesia lo están. La parábola se trata del reino de Dios, y dice que el reino de Dios es semejante a diez vírgenes. El reino de que se habla aquí es donde Dios está presente con su gracia mediante la palabra y los sacramentos. Hay gente que se reúne en donde se predica la palabra, que recibe los sacramentos. Es de esta gente que trata nuestra parábola. No está hablando de los enemigos, de los abiertos incrédulos, de los perseguidores de la iglesia de Cristo. Más bien, las diez vírgenes retratan a los que tienen una relación con Cristo y su palabra, que profesan la fe cristiana, que forman parte de la congregación cristiana. Todos tienen la apariencia de ser miembros de la iglesia. Todas las vírgenes salieron y llevaron sus lámparas.

Sin embargo, hay una gran diferencia entre ellas. Cristo llama a cinco de ellas necias y cinco prudentes. ¿En qué consiste su necedad y su prudencia? Las necias no llevaron aceite para sus lámparas, mientras las sabias sí se proveyeron con contenedores de aceite, para estar preparados en cualquier momento que venga el novio.

Pero la pregunta sigue: ¿Qué es lo que Jesús quiere decir cuando habla de llevar o no suficiente aceite para sus lámparas? Para eso, necesitamos considerar lo que enseña la Escritura en lenguaje claro e inequívoco acerca de qué es lo que se necesita para entrar en el reino de los cielos. Jesús mismo da la respuesta. En Juan 3, por ejemplo, dice: “El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios”. Y también dice en el mismo capítulo: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”. Con las lámparas o antorchas, luego, hay que entender la profesión externa de la fe en Cristo, hasta la exhibición de una vida piadosa, ser activos en la iglesia, hablar de Cristo y su palabra. Todo esto es bueno y saludable — *si es que también va acompañada de la verdadera fe, que no pone su confianza en ninguna de estas cosas, sino sólo en el mérito y el perdón del Señor Jesucristo*. Pero si todo lo que hay es lo externo, sin la verdadera fe del corazón, entonces necia es una palabra bastante débil para expresar la situación de esa persona. La palabra puede también ser traducida con “estúpidas”, y creo que no sería demasiado fuerte. Veremos por qué al ver cómo sigue la parábola.

Por otro lado, con las vírgenes prudentes y sus lámparas con el aceite, hay que entender que tienen lo externo — son miembros de la iglesia, confiesan a Cristo como su Salvador, combaten el pecado y buscan vivir de acuerdo a lo que Dios ha establecido en su ley, pero no confían en esas cosas, que son solamente el fruto de su fe en el Salvador, sino su confianza está solamente en el Señor Jesús.

El tiempo pasa. El Señor todavía no ha venido. Esto se retrata en el texto con el cansancio y el dormir de todas las vírgenes. No creo que haya un significado especial en este dormitarse y dormir. Sólo es un detalle para resaltar que hay que esperar la venida del Señor, que no sabemos cuándo será, y que si no nos hemos provisto de lo que realmente es necesario para salir a su encuentro, se acabará aun lo que tenemos.

Pero aunque tarde, Cristo llegará. En la parábola, a la medianoche, repentinamente resuena el clamor: “¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!” Ha llegado el momento decisivo. Todas las vírgenes se levantan de su sueño, preparan sus lámparas, y allí es en donde se ve la gran diferencia. Mientras las prudentes tienen aceite para sus lámparas, y pueden mantenerlas encendidas para encontrar al novio, las estúpidas hallan que en el momento que lo necesitan, les falta aceite.

Así será la situación en el día final. Los que confiaban en sus obras, en su conexión externa con la iglesia, en haber recitado el Credo y el Padrenuestro, su haber asistido a los cultos, su haber sido activo inclusive en proyectos de caridad y ayuda social hacia sus prójimos, hallarán que el aceite que realmente necesitan en ese día, la fe en el corazón que se ha apropiado del Señor Jesucristo y su mérito salvador, falta. Entonces, demasiado tarde, reconocerán que no es el brillo de una vida externa, no es haber oído externamente la palabra, sino la fe en el Cristo que la palabra proclama, que permitirá estar listo para la venida del Señor. No es que deben faltar esas cosas externas, pero si están solas de modo que uno pone su confianza en ellas, y no son más bien el fruto de una fe sincera que confía en Cristo solamente, son, como dice Amós en la lección del Antiguo Testamento de hoy, sólo una abominación delante de Dios, tan lejos son de dar entrada en el reino de los cielos.

Desearán entonces tener lo que en un tiempo estaba tan fácilmente disponible, pero que ahora no pueden obtener con ningún precio. En la parábola las necias hablan a las prudentes, diciendo: “Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan”. Pero las prudentes tienen que responder: “Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas”. Buen consejo — ahora cuando todavía hay tiempo, cuando todavía se proclama la

gracia de Cristo y su perdón gratuito de los pecados, que él compró con el precio terrible de su propia muerte en la cruz en lugar de nosotros los pecadores. Como dice Pablo, citando los Salmos: “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (1 Cor. 6:2). Ahora es el tiempo de dejar nuestros pecados, dejar también el pecado de confiar en nuestra propia justicia por las obras, que blasfema a Cristo y roba su muerte de su fruto y efecto, y con humilde fe apropiarnos de Cristo y su muerte, confiando que con él podremos estar firmes aun ante el juicio de Dios. Ahora el mercado todavía está abierto. Pero a la medianoche, cuando ya se anuncia la llegada del novio, el mercado está cerrado, y no habrá de dónde conseguir el aceite. Pasando de la figura a la realidad, el tiempo de gracia, en que Dios permite que el mensaje de arrepentimiento y fe se proclame a cada uno de nosotros, tiene su límite. Si no lo aprovechamos ahora, mañana puede ser demasiado tarde. Cristo puede venir, o nuestra muerte puede intervenir, y lo que no tenemos entonces, será tarde para tratar de adquirirlo después. Y no valdrá que nuestra madre o nuestro padre, nuestro hijo o nuestra hermana haya creído. Su fe es suficiente sólo para ellos mismos. Si queremos entrar, es tiempo ahora de dejar el pecado y la incredulidad, y confiar personalmente en Cristo para el perdón de nuestros pecados.

Con esto, pasa el novio. Las vírgenes prudentes, que tienen el aceite para sus lámparas, están allí para acompañar al novio y entrar en el gran salón para el regocijo y alegría de la fiesta de bodas. “Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas”. Hermoso retrato de la bienaventuranza y el gozo de los que heredan la eterna salvación. Los que han esperado con verdadera fe en el corazón, aun cuando la espera era larga y parecía interminable, los que no dejaron que los quehaceres y las preocupaciones de este mundo los alejaran de su sencilla fe en su Señor y Salvador Jesucristo, encontrarán que su larga espera valía la pena. El novio, complacido con ellos, les acepta como sus compañeros en la gran fiesta celestial, que durará por toda la eternidad, y en donde nunca entrará el menor motivo de tristeza o molestia. Grande será su galardón. ¡Qué Dios nos conceda esta bienaventuranza!

Pero oímos otra cosa de esa fiesta de medianoche. “Se cerró la puerta”. Las que no habían tenido el aceite quedan excluidas. Aunque ruegan después que el novio les deje entrar, es inútil. “Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco”. No aprovecharon el tiempo de gracia cuando Dios se la ofreció. Ahora la oportunidad ya ha pasado. Y así será en el último día. Los que no tenían la verdadera preparación, los que no pusieron su fe en el Señor Jesucristo y

permanecieron en esa fe hasta el fin, quedarán afuera, en las tinieblas, en el fuego que no se apaga. ¡Dios nos libre de ese terrible destino!

Hermanos, Cristo mismo nos da el propósito de esta parábola. “Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir”. Cuídense de que estén preparados. Asegúrense que estén en la fe. Si faltan las obras que pertenecen a la profesión cristiana, cuídense de una fe que esté muerta, algo que el Señor no podrá reconocer como la fe en él. Donde hay verdadera fe en Cristo, habrá también frutos del arrepentimiento. Pero si están las obras que pertenecen a la profesión cristiana, asegúrense de que no funden su esperanza en ellas, que son como la lámpara sin el aceite, sino que procedan realmente de un corazón que con una verdadera fe y confianza en el mérito de Cristo está esperando su venida. No descuiden esa preparación, dejando que poco a poco la fe se vaya debilitando hasta desaparecerse. Sólo una fe viva en el Salvador nos mantendrá preparados y esperando la llegada del novio. Imaginen un grandioso concierto, la oportunidad de una vida, o un partido de campeonato de fútbol, digamos el Perú en la Copa Mundial, e imaginen que se pusieron tan ocupados con otras cosas que llegó el día, y no obtuvieron a tiempo su boleto, y ya no hay entradas. ¿Se reprocharían? ¡Cuanto peor no estar listos para la fiesta de bodas del Cordero, y quedar fuera por toda la eternidad! Hoy no es demasiado tarde. Hoy la invitación del evangelio del perdón y la gracia del Señor todavía se anuncia. Créelo ahora, mientras aún hay tiempo. Mañana puede ser tarde. Amén.